

BASTA YA

En el norte de Cáceres se dibuja en el mapa una espiral. El centro del dibujo es Plasencia, y las líneas de caracol las forman nada más y nada menos que el Valle del Jerte, el Parque Natural de Monfragüe, el Río Tajo, la Comarca de la Vera, unos cuantos embalses y un montón de pueblos asentados a la más pura manera extremeña.



Cuando a uno se le atrae con tanto señuelo, empieza a creer que algo habrá en Plasencia para tener tan espléndido emplazamiento.

Como reza el blasón concedido por Alfonso VIII, Plasencia se recoge tras las torres y los restos de su muralla para que "PLAZCA A DIOS Y A LOS HOMBRES" por lo que el visitante no debe perderse ni una sola de sus calles, ni uno solo de sus palacios y caseríos.

Plasencia los tiene sin cuento, y de qué factura: la Casa de las Argollas, donde se casó Juana la Beltraneja, el Palacio de Monroy, el del Marqués de Mirabel y, naturalmente, la Casa del Deán, una bestia donde todo se hizo a lo grande: grandes muros, gran chaflán, grande el enorme balcón esquinado, y grande el escudazo colocado sobre él con cerdito pata negra de la zona incluido.

Tampoco hay que quitarle el ojo al Palacio Episcopal. Aunque aquí lo que verdaderamente manda es la parte trasera, una contraportada blanca que se alza sobre la muralla frente al río Jerte.

Menos aún se puede obviar la Catedral, hecha también a lo grande, tanto que incluye

dos edificios: la Iglesia Vieja y la Nueva. Sus arquitectos crearon un precioso conjunto monumental con bóvedas de tanto postín como la cúpula octogonal que aquí llaman "El Melón".

A tanta piedra sacra hay que darle una respuesta como es debido. El contraste lo ofrecen unos pocos naranjos colocados frente a la Catedral que envían colores a esa montaña gris que domina la zona. Junto a ellos el Seminario Mayor.



Luego, cuando los pasos nos lleven a la Plaza Mayor , a la que conviene llegar por la calle donde se encuentra la antigua prisión. El trayecto merece la pena, pues hay a lo largo de él unos cuantos edificios con la más radical denominación placentina. Casi llegando a la plaza, está el Ayuntamiento en cuya fachada se exhibe un escudo real con corona en relieve y que los chicos del pueblo aprovechan para jugar al baloncesto.

Los martes, esta plaza es el escenario de un mercado tradicional que acoge las frutas y los trabajos de la zona. El resto de la semana, la tranquilidad se adueña de sus soportales, solo rota, de tanto en cuanto por el aviso de las horas que da el Abuelo Mayorga, un muñeco con maza encaramado a la torre del reloj que sorprende con sus gestos pues cuando se oyen los toques y elevamos la mirada, comprobamos como el perezoso abuelo no da ni un palo a la campana.



A nosotros nos costó encontrarlo, pero quién visite Plasencia no debe dejar de intentarlo tratándose del plato distintivo del lugar: el lagarto en salsa verde. Más fácil es poder degustar la sopa cana, la trucha placeat, el buen jamón y las cerezas del jerte.



Por la vida, Ilis

(Fotos aportadas por el compañero JUANJO)